
Para Mañana

Manuel Payno

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 5920

Título: Para Mañana

Autor: Manuel Payno

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 19 de noviembre de 2020

Fecha de modificación: 19 de noviembre de 2020

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Para Mañana

Cuando tengáis un poco de dinero desocupado, queridos lectores, y la resolución suficiente para exponeros al vómito de Veracruz y a los caprichos de ese pícaro mar, que algunas veces es más inconstante que una coqueta de quince años, dad una vueltecita por el extranjero. Si vais a los Estados Unidos, veréis entre otras cosas curiosas, atropellarse los hombres y las mujeres en los caminos de fierro, en los vapores, en las diligencias, en el teatro, en las calles; y si queréis la explicación de toda esta barahúnda, observad que todo lo hacen *hoy*. La mujer enamorada se casa *hoy*; el ladrón ratero es arrestado *hoy*; el comerciante concluye su negocio *hoy*; el proyectista realiza su proyecto *hoy*. En Inglaterra ya se sabe que es lo mismo, y ninguno de los nobles lores guarda sus vinos *para mañana*, sino que se los beben todas las tardes.

Pero los descendientes de los antiguos hidalgos españoles, vivimos muy despacio y muy a la bartola, para apresurarnos a concluir nuestros negocios *hoy*.

Si va un pretendiente al ministerio a agitar el despacho de la centésima solicitud que tiene presentada, para que le paguen íntegro por haberse incorporado en la Villa de Guadalupe con el ejército Trigarante, el oficial, agobiado de fatiga, teniendo con una mano que manejar los papeles, mientras con la otra se limpia los dientes con un popote, pues acaba de almorzar, le dice:

—Es imposible despachar a usted, amigo mío; tengo un mundo de quehacer, y los papeles me ahogan. Son las dos de la tarde, y no hay tiempo para nada. Me voy a acordar con el ministro.

—Señor: con ésta van treinta solicitudes que presento, y todas se han perdido.

—Pues bien, *para mañana* sin falta buscaré la solicitud.

—Y ¿cuándo estará despachada?

—*Para mañana* también.

—Es decir, que confío en que usted...

—Sin falta *para mañana* queda todo terminado.

El infeliz patriota antiguo en un mes no consigue sino que se pierdan otras diez solicitudes, sin dejar de oír todos los días la misma promesa *para mañana*.

—¿Qué ha habido, por fin, de aquellos planecitos? —dice en voz baja uno de estos corredores políticos, a don Bruno Gazapo, corifeo y misionero de la restauración.

—Estuvo la junta magnífica. Se habló con mucha energía, se combinaron importantes medidas, se colectó dinero, y ya todo está arreglado.

—¿Es decir que terminó ya?

—No, porque al último se ofrecieron sus dificultades, y quedamos citados *para mañana*.

Se despiden nuestros personajes muy contentos, y después de quince días se vuelven a encontrar; se saludan, se estrechan la mano, se miran con *fraternidad*, con *igualdad* y con *libertad*.

—¿Conque está todo arreglado?

—Perfectamente —responde don Bruno.

—Entonces...

—Lo único que falta es el dinero, pero *mañana* lo dan sin falta.

—Entonces, *para mañana* nos veremos.

—*Para mañana* seguramente.

—Vea usted —dice un agente de policía secreta a un personaje—, que esos hombres *trabajan* sin descanso, tienen sus juntas, y en la calle de...

—Es verdad, y nos van a hacer una de todos los diablos; pero no tenga

usted cuidado, *para mañana* todo se habrá compuesto, pues tengo que ver al presidente y a los ministros... Pero, ¡qué diablos!, tengo un asunto muy urgente, y hay que dejar esto *para mañana*.

—Pues no hay que dormirse, y ya diré a usted algunos secretos más, pues *para mañana* me ha citado un amigo que está bien impuesto.

Veinte días después todavía conspiradores y pacientes se hallan en el mismo estado, es decir, los unos dejando *para mañana* sus planes, los otros dejando *para mañana* sus pesquisas. Las cosas, pues, ni en uno ni en otro sentido andan listas.

—Lo ves, infiel —le dice Laura a su amante—: me prometiste que a mí sola me amarías, y has quebrantado tus juramentos, llevando al teatro a esa fastidiosa de Isabelita. *Mañana* no estaré en el balcón a la hora convenida; *mañana* no te escribiré; *mañana* habrás perdido para siempre mi amor.

—Hoy estás preocupada y furiosa, Laura, y no se te puede hablar; *para mañana* habrá calmado tu cólera, y entonces te haré explicaciones.

—¿Pero por qué no te justificas hoy, si es que eres inocente como me dices?

—Porque hoy tengo que ir a la oficina, o de lo contrario me descuentan el sueldo; pero te aseguro que *para mañana* te diré una porción de cosas, que te dejarán convencida y tranquila.

Y como por corta que fuera la explicación, el amante oficinista se dilató más de lo regular, tuvo que entrar a la oficina una hora más tarde.

—Son las once —le dice el jefe—, y ya sabe usted que la multa... y la ley, y mi deber... y no es justo tolerar...

—Señor: hoy tuve una fuerte jaqueca; pero aseguro a usted que *para mañana* vendré muy temprano.

—Bien; pase por hoy, una vez que tuvo usted jaqueca; pero *para mañana* no habrá remedio si usted no viene temprano.

Y al día siguiente por miedo de la multa, el amante no tiene más remedio sino decir a Laura:

—Bien mío, dejaremos la conversación *para mañana*.

Los virtuosos, que tienen, como es natural, gran cuidado por la salvación de su alma, si ven un lindo palmito por la calle, van siguiéndolo con disimulo y echándole tiernas miradas, ocultas bajo el ala del sombrero. La conciencia les remuerde inmediatamente; pero ellos se hacen este argumento: «Como éste es un pecado mortal de esos chiquitos y leves, pues a todos se les alegran los ojos cuando ven una muchacha bonita, yo me resignaré a abandonar por este día la virtud: al fin *para mañana* me voy a confesar».

Si vais, querido lector, con el sastre, os dirá: *Para mañana* sin falta está concluida la ropa; el zapatero os prometerá *para mañana* enviaros con el aprendiz las botas; el abogado os jurará que *para mañana* vuestro pleito estará concluido; el deudor os citará *para mañana*; el escribano os dirá: *para mañana* estará concluida la escritura; el muchacho promete al maestro hacer *para mañana* una plana buena; el estudiante aprender *para mañana* su elección de Jacquier; el político a su vez prometerá que *para mañana* va a deshacer sus compromisos y cambiar de vida; el jugador dice: *para mañana* pago a mis acreedores, y no vuelvo a tentar una baraja. El borracho bebe hoy, y asegura que *mañana* no probará el licor. En fin, nadie hace las cosas a su debido tiempo, sino que las deja *para mañana*, y aun los enfermos que están en las orillas del sepulcro, dicen: Si *para mañana* no amanezco más aliviado, entonces me pondré el cáustico que me mandó el doctor.

Si veis algunos pobres que de repente se han hecho ricos; si veis a muchos hombres oscuros que han llegado a ser generales y ministros; si veis a ciertos revolucionarios que triunfan, o a gobernantes que se conservan en el poder, pensad que la razón capital es que esos hombres no han dejado *para mañana* ninguna de las cosas que debían hacer *hoy*.

A mi vez, frágil barro, indigno hijo de nuestro padre Adán, desde antes que comenzara a salir el *Álbum*, me proponía escribir este artículo; pero lo he ido dejando *para mañana*. Lo escribí por fin, y ya veis, bueno o malo, está ya en letras de molde, lo cual no es grano de anís. Todavía el asunto no está concluido. Si como es probable, no os gustare, os ofrezco, amabilísimos suscriptores del pintoresco, que *para mañana* os haré otro mejor, porque ya veis, *para mañana* comienzo un método nuevo de estudio, *para mañana* tengo preparados voluminosos pergaminos que

registrar, y *para mañana*, de mucho mejor humor que hoy, espero comenzar una novela que tenga más muertos y heridos que renglones. Os ruego asimismo, que vuestras amargas críticas las dejéis también *para mañana*.

Yo

Manuel Payno



Manuel Soria Payno Cruzado (Ciudad de México, 21 de junio de 1810 - San Ángel Tenanitla, 1894), conocido como Manuel Payno, fue un escritor, periodista, político y diplomático mexicano. De ideología política, era liberal moderado.

Payno fue un hombre inquieto, inteligente y sobre todo muy activo. Amante de la lectura, combinó sus actividades políticas con las de periodista y escritor. Su obra periodística abarca artículos históricos, políticos y

financieros. Colaboró para los periódicos El Ateneo Mexicano, El Siglo Diez y Nueve, El Año Nuevo, El Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística, El Federalista y Don Simplicio, entre otros. Fue miembro correspondiente de la Real Academia Española.

Escribió novelas como El pistolero del diablo (1845-1846), en el que antepone la diversión a los principios morales; El hombre de la situación (1861), novela de costumbres que cubre los últimos años del virreinato de Nueva España y los primeros del México independiente. En esta obra destaca la narración, los personajes principales son padre e hijo, uno español y el otro criollo. Detalladamente pintados los tipos, abundan los pasajes cómicos en los que destaca una gracia muy mexicana.

En la novela Los bandidos de Río Frío (1889-1891), escrita bajo el seudónimo de "Un ingenio mexicano" durante su segunda estancia en Europa, Payno realiza una larga descripción del ambiente y escenario, incluyendo los antecedentes de los personajes.

Otras de sus obras son; Compendio de historia de México, Novelas cortas, La España y la Francia, El libro rojo (con Vicente Riva Palacio, Juan A. Mateos y Rafael Martínez de la Torre) y La convención española.